

## NOCTURNO\*

El álamo bajo el águila,  
la pesadumbre...

De dónde  
la nube, la ola en la rueca,  
la estrella sobre la roca,  
las cuerdas tintas en rayo...

Entre los ángeles de agua  
el aire trenza y destrenza  
sus pies pálidos... Columnas  
siempre relampagueando  
dentro del mar...  
(no tenía  
sentido).

Qué se dirían.  
Quién sería el hombre. Quiénes  
serían los caballeros  
que no estaban... Se levantan  
resonando la armadura,  
tajando con sus espadas.  
De quién será el brazo frío  
que ha tocado. En él, el viento  
gira y clama. (Una mujer  
desparramaba las cartas  
sobre el azul del relámpago.)

\* Sobre el poema «Noctur-  
no», de José Hierro, véan-  
se págs. 66-70 de este mis-  
mo volumen de Cuadernos  
Hispanoamericanos.

Tenían los caballeros  
cubiertos los hombros de alas  
de niebla. Entraba la noche,  
pisaba el mar. Quién diría:  
«Que llueve, señor ». (Señor  
Amor.) Alguno contaba  
la guerra donde perdiera  
su corazón.

Hace más  
de mil años que no canta.  
Pero en este instante grita:  
«Te quiero, te quiero».  
(Lo sé, aunque no pueda oírlo.)  
El cristal multiplicaba  
la mesa de humo y de lino  
donde se besaron.

¡Qué juventud a la orilla  
de la ceniza, cintura  
de escarcha! Los tulipanes  
se acodan en el silencio.  
Y arden las hojas. La perla  
se desnuda entre los rizos  
del volcán. Trono de sombra,  
agua hilandera. Los ojos  
vuelven a vivir sus cárceles.  
Pero no puede (quién no  
puede) volar de cansancio.

Tenía un vestido púrpura  
y brazos blancos. Mejor  
es no pensar, no pensar,  
no pensar...

Eran las doce  
de la mañana. Voló  
con mucho espanto. Allí habría  
ángeles de piedra. Y mucho  
espanto.

Y no volverá más.